La fuga de Lily

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

I

ESTANZA.— La escena inicial de esta historia, se desarrolla en el lujoso despacho de don Teódulo, opulento hombre de negocios y presidente de la poderosa firma industrial “Moscardón y Moscardón Verde, Limitada”. La oficina es amplia y elegante, con gruesas alfombras de lana, muebles de fina madera y suave iluminación indirecta. Algunos volúmenes, lujosamente encuadernados, mantienen dentro de la vitrina su severa virginidad, pues desde que trajeron el mueble se ha perdido la llave. Hay algunos adornos en la estancia: una rosada flor de loto sobre una mesilla enana, y la señorita Lily, secretaria del magnate, una muchacha aerodinámica, modelo 1981, propietaria de una dentadura deslumbrante, un lunarcito en la barbilla hacia la izquierda y un par de piernas soberbias.

DON TEODULO (entrando): —Buenos días, señorita.

LILY: —Buenos días, don Teódulo.

DON TEODULO (en tono de disculpa): —Caramba, se me ha hecho tarde hoy. ¿Qué horas tiene usted?

LILY (consultando el reloj): —Las diez y veintidós minutos.

DON TEODULO: —Tardísimo... ¿Qué ha ocurrido de especial?

LILY: —Nada, señor.

DON TEODULO (molesto): —¿No han llamado de la compañía de seguros?

LILY: —No, señor.

DON TEODULO (molesto): —Nunca hacen nada a tiempo. Es necesario que vengan a presenciar el desempaque de las mercancías. Estoy seguro de que vamos a encontrarnos con los saqueos de siempre.

LILY (aduladora): —Permítame usted que le diga, don Teódulo, que usted no debe preocuparse de semejantes cosas... Usted es el presidente de la Compañía. Lo natural es que deje esas tareas a los empleados subalternos.

DON TEODULO: —Tiene razón.

LILY (jovialmente): —Es como si yo necesitara saber escribir en máquina para ser su secretaria particular.

DON TEODULO (convencido): —Habla usted como un libro, Lily. Desde luego para la firma y para mí es más importante el estilo de sus zapatos o la novedad de sus suéteres que cualquiera otra cosa. Una muchacha tan linda como usted, tiene perfecto derecho a no saber nada del teclado y a ignorar por completo la ortografía.

LILY (efusiva): —Gracias, don Teo. Es usted un perfecto hombre de negocios.

DON TEODULO: —Simplemente, en una organización como la nuestra procuro asignar a cada uno de los empleados el papel que le corresponde. En su caso me doy cuenta de que en esta oficina, el argumento más convincente para un buen negocio, es usted misma.

LILY (satisfecha): —Gracias, don Teo. Quizá tiene una idea algo exagerada de mi eficacia y de mi talento... ¿Le gusta mi nuevo suéter?

DON TEODULO (entusiasta): —Es realmente encantador... Tan encantador como su adorable contenido... ¿Hay algo nuevo en la correspondencia de hoy?

LILY (oficialmente): —Nada especial. Sólo una carta de los corresponsales en Bogotá, sobre la investigación que les encomendamos la semana pasada.

DON TEODULO: —¿Se refieren a William, el novio de mi hija?

LILY: —Sí, señor, las referencias son excelentes. Parece que el muchacho es una firma de primera. ¿Quiere ver la carta?

DON TEODULO: —Prefiero que me la lea... Tenga la bondad.

LILY (tomando una carta comercial de su propio escritorio): ...—“Muy señores nuestros: Acusamos a ustedes recibo de su atenta carta de marzo pasado, por medio de la cual nos solicitan informes sobre el señor William Tejada, de cuyo posible matrimonio con la hija de nuestro presidente hemos tomado atenta nota. De las informaciones obtenidas por nuestros agentes, hemos sacado la conclusión de que la proyectada operación es factible y, por nuestra parte, estimamos que podrá llevarse a cabo previas las formalidades de rigor. Las condiciones personales del señor Tejada se ajustan satisfactoriamente a las exigencias de nuestra firma, y consideramos que los intereses de la señorita Tatiana estarán con él debidamente garantizados, al igual que los nuestros...”.

DON TEODULO (satisfecho): —Basta, señorita... Muy bien... Esa oficina de Bogotá es la más activa y eficiente que tiene nuestra organización en todo el país...; ¿Qué opina usted, Lily, de los informes?

LILY (oficialmente): —Se ciñen a lo que les pedimos en nuestra carta...

DON TEODULO (insinuante): —Desde luego. Pero eso no es decir nada. Me gustaría conocer su concepto personal.

LILY (prudente): —Me lo reservo..., si usted me lo permite.

DON TEODULO: —Allá usted. Pero dígame: ¿conoce a William Tejada?

LILY: —Sí, señor... Lo conocí el año pasado, durante mis vacaciones en Cartagena.

DON TEODULO (malicioso y jovial): —¿Ajá? ¿Y hubo romance?

LILY: —Sí, señor: hubo romance.

DON TEODULO: —¿Y compromisos especiales?

LILY: —Hasta cierto punto... Paseamos juntos por la orilla del mar... Estuvimos en el Cerro de la Popa... Nos metimos por los túneles del Castillo de San Felipe...

DON TEODULO: —Muy bien... ¿Y qué tal los crepúsculos?

LILY: —Magníficamente preparados. Al gusto de los turistas gringos.

DON TEODULO (insinuante): —¿Y qué más? ¿Hubo suspiros?

LILY: —Los hubo...

DON TEODULO: —¿Y besos furtivos?

LILY: —Unos cuántos...

DON TEODULO: —En síntesis, un idilio a la antigua, ¿No es así?

LILY (suspirando): —Sí, un idilio a la antigua, pero con bikini...

DON TEODULO (grave): —Un agravante serio, realmente... Sobre todo tratándose de usted que es una damita tan temperamental... (pensativo) Bikini... Mariscos... 34 grados de temperatura... Crepúsculos a la orden... Paseos a la orilla del mar... No hay duda de que debió ser un idilio con todas sus consecuencias...

LILY (evasiva): —Hay que tener en cuenta, señor, que yo estaba en vacaciones...

DON TEODULO: —Por supuesto. Nada puedo reprocharle... ¿Cree usted que esa historia suya pueda significar algún obstáculo para el matrimonio de mi hija?

LILY (vivamente): —De ninguna manera, señor. Mis asuntos con William Tejada son estrictamente personales. Por ningún motivo quiero interferir los negocios de Moscardón y Moscardón Verde, Limitada, ni los de la señorita Tatiana. Antes que nada soy empleada de la Compañía y eso es bastante para mí.

DON TEODULO (efusivo): —Eres un angel, Lily.

LILY (recelosa): —¿Eres?... Muy bien. Me gusta más el tuteo. Gracias, presidente... Confío en que la casa encontrará justo concederme una prima por cederle el negocio...

DON TEODULO (sin vacilar): —Naturalmente... Claro está... ¿Cuánto diría usted?

LILY (discreta): —Lo que usted estime conveniente y justo.

DON TEODULO (después de un breve cálculo mental): —¿Diez mil pesos, le parece?

LILY (atreviéndose): —Digamos quince mil, señor presidente.

DON TEODULO (generoso): —No vamos a discutir por peso de más o de menos. Está bien, Lily... Pase a la caja a firmar el comprobante, y dígale al cajero que impute la suma a gastos generales.

LILY (en tono oficial): —Perfectamente, señor.

II

ESTANZA.— El diálogo siguiente se desenvuelve dos semanas más tarde entre doña Bárbara de Moscardón Verde y su hija Tatiana, prometida de William Tejada, el joven industrial y deportista.

BARBARA: —Decididamente, hija mía, no puedo estar tranquila con esto de tu matrimonio.

TATIANA: —¿Por qué, mamá?

BARBARA (resentida): —No alcanzo a entender este modo como tratan ustedes las cosas del amor... Ya sé que te parezco una vieja anticuada. Pero de todos modos, en mis tiempos las cosas se hacían de otro modo...

TATIANA (en tono humorístico): —Pero en fin: el mundo ha cambiado mucho, madre. No querrás, me imagino, que William me trate como a una novia de hace cincuenta años. Que me dé serenatas y me escriba versos y cartas de amor...

BARBARA (suspirando): —Ojalá fuera así... Todo eso era tan bello...

TATIANA: —Sí, mamá. Pero los tiempos han cambiado desde Julieta y Romeo hasta nuestros días.

BARBARA: —Vas a casarte con un hombre a quien apenas conoces...

TATIANA: —Pero ya sabes que papá ha recibido de su oficina en Bogotá magníficos informes. Se trata de una persona seria, solvente y responsable.

BARBARA (pesarosa): —Eso no es bastante para la tranquilidad de una madre.

TATIANA (sorprendida): —Entonces, ¿qué te preocupa?

BARBARA: —Muchas cosas... Por ejemplo ese lío de tu novio con Lily, la secretaria de tu padre.

TATIANA (enfática): —Pero si todo eso está arreglado, mamá.

BARBARA: —¿Arreglado? ¿Qué es lo que está arreglado?

TATIANA: —Pues todo, señora. Lily ha renunciado en favor mío a todas sus ambiciones sobre William. Todo se ha convenido en una forma estrictamente comercial.

BARBARA (vehemente): —Precisamente eso es lo que me parece espantoso. Que vayas a casarte con un hombre mediante una transacción indigna de él, de tu padre y de ti... Que vayas a entregarle tu suerte...

TATIANA (interrumpiendo): —¿A entregarle qué?

BARBARA (angustiada): —Tu suerte... Tu felicidad... Tu destino...

TATIANA (terminante): —Yo no voy a entregarle nada, mamá. Voy a casarme con él porque papá quiere, y porque es una buena combinación para sus negocios. En cuanto a mí, me da lo mismo. Es un muchacho sano, distinguido, bien organizado en sus negocios y con un buen crédito en los bancos.

BARBARA: —¿Y eso te parece suficiente?

TATIANA: —Claro que me parece.

BARBARA: —¿Sabes por lo menos si te quiere?

TATIANA: —Te confieso, mamá, que no he tenido la curiosidad de preguntárselo.

BARBARA (con inquietud): —¿Y si estuviera realmente enamorado de la tal Lily?

TATIANA: —Peor para ellos. Pero de eso no hay que hablar. Lily ha recibido quince mil pesos a título de indemnización por parte de Moscardón y Moscardón Verde, Limitada. El convenio se halla formalmente escrito y registrado en la contabilidad. Además Lily es una perfecta hechura de mi padre, y estoy segura de que cumplirá sus compromisos con estricta puntualidad.

BARBARA (exasperada): —Todo eso es una monstruosidad. Tu padre y tú, y la secretaria, y el novio, y los corresponsales de Bogotá, me parecen unas gentes horribles.

TATIANA: —Cálmate, mamá.

BARBARA: —Ninguno tiene corazón.

TATIANA: —¿Y qué importancia tiene tener corazón?

BARBARA (escandalizada): —Cállate. Tú sí que eres monstruosa hechura de tu padre. Creo que en el sitio del corazón tú no debes tener más que una talega de monedas de oro, o cosa así. En realidad no me sorprende que hayas entrado en este sucio convenio, con la complicidad de toda esa gente despreciable.

TATIANA (cariñosamente): —Cálmate, mamacita... Cálmate.

BARBARA (sollozando histéricamente): —No te me acerques... Déjame ... Déjame en paz... Por amor de Dios, déjame en paz...

III

ESTANZA.— Otras dos semanas más tarde, en el seno de la familia Moscardón Verde, en el día mismo de las vísperas matrimoniales de la hija del magnate con William Tejada.

DON TEODULO: —Todo está listo ya, hija mía, para el viaje de bodas. William llegará esta tarde en el avión de las cuatro, y con él terminaremos de arreglar los últimos detalles. Los pasajes están listos para el viaje a Miami. Ya que tanto lo has deseado, podrán hacer una escala de tres días en Cartagena.

TATIANA: —Eres un primor de padre.

DON TEODULO: —Estoy satisfecho de la manera como te has portado en todo este asunto. La fusión de negocios que tenemos proyectada con el que mañana va a ser tu marido, se traducirá en gran incremento para los nuestros.

TATIANA: —Me alegro mucho, papá. Y estoy satisfecha, yo también, de haber cooperado como ustedes querían... (A su madre) —¿Y tú no dices nada, mamá? ¿No estás contenta?

BARBARA (secamente): —Nada tengo que decir.

TATIANA: —Entonces... ¿No te interesa la felicidad de tu hija?

BARBARA: (sarcástica): —¿Y qué significado tiene para ti la palabra felicidad?

TATIANA: —No te comprendo, mamá.

BARBARA: —Es de tu felicidad de lo que yo he hablado siempre... Lo que he deseado y soñado para ti... No sé por qué vienes a hablar ahora de felicidad, ni por qué la esperas, cuando has hecho todo lo posible para ser desgraciada.

DON TEODULO (ásperamente): —Déjate de tonterías. Tú no eres más que una mujer anticuada, incapaz de entender las razones de un asunto tan importante como éste.

BARBARA (con aguda ironía): —Me das lástima, Teódulo. Hace años, cuando te conocí, eras un hombre. Hasta creías en el amor, en la paz hogareña y en otras cosas que ya se te han olvidado. Ahora no eres más que una estúpida máquina de hacer negocios y conseguir dinero.

TATIANA (conciliadora): —No discutan ahora, por favor. De un momento a otro puede llegar William. Sería espantoso que nos encontrara en una escena como ésta.

DON TEODULO: —Tienes razón. (Se oyen tres golpes a la puerta de la habitación).

TATIANA: —¿Quién es?

JORGE (desde afuera): —Soy yo... Jorge, el asistente de la gerencia.

TEODULO (bruscamente): —¿Qué quiere usted? ¿Por qué viene a interrumpirme precisamente ahora?

JORGE (entrando): —Acaban de llegar noticias muy graves, señor.

DON TEODULO: —¿Qué ocurre?

JORGE: —Es una cosa muy seria, señor... No sé si deba decírsela aquí, delante de las señoras.

DON TEODULO: —¿Es cuestión de negocios?

JORGE (indeciso): —Pues... Se trata de don William...

DON TEODULO (impulsivo): —¿Qué pasa? ¿Por qué tantos misterios? ¿Fueron a encontrarlo al aeropuerto?

JORGE (decidiéndose): —No fue necesario, señor. Hemos sabido que no vendrá definitivamente.

DON TEODULO: —¿Qué está diciendo usted? ¿Qué es lo que ha ocurrido?

JORGE (confundido): —Por favor, señor presidente... No puedo decírselo delante de la señorita Tatiana.

TATIANA: —Diga lo que sea... Lo autorizo... Por favor no nos tenga más en esta ridícula expectativa.

JORGE (soltando la bomba): —Lily, su secretaria, se ha marchado.

DON TEODULO (sorprendido): —¿Que se ha ido Lily? ¿Para dónde? Y además: ¿eso qué tiene que ver?

JORGE: —Es que... se fueron juntos...

DON TEODULO: —¿Quiénes?

JORGE: —Ella y don William... Hace media hora recibí un largo marconigrama personal de nuestros corresponsales en Bogotá, dando pormenorizadas explicaciones de la fuga de don William... Además acabo de encontrar sobre mi escritorio una larga carta de Lily explicándolo todo.

BARBARA (solemnemente): —Alabado sea Dios...

TATIANA (sin hacer caso): —¿Y qué dice la carta?

JORGE: —Dice que...

DON TEODULO (interrumpiendo): —No importa lo que diga... Le ruego que se vaya y nos deje en paz.

JORGE: —Sí, señor... Les pido perdón... Buenas tardes... (sale).

TATIANA (después de una larga pausa llena de confusiones): —¿Y qué dirá la carta?

DON TEODULO (fuera de sí): —Par de miserables... ¿Qué importa lo que diga la tal carta?

BARBARA (triumfante): —Yo no sé lo que dice, pero me lo figuro... Palabras de una mujer... De un ser humano... Está enamorada de un hombre y se va con él. Es lo mejor que puede hacer... Por lo menos ha habido en todo ésto alguien que haya demostrado una vez siquiera tener corazón...